

# *Ezequiel*

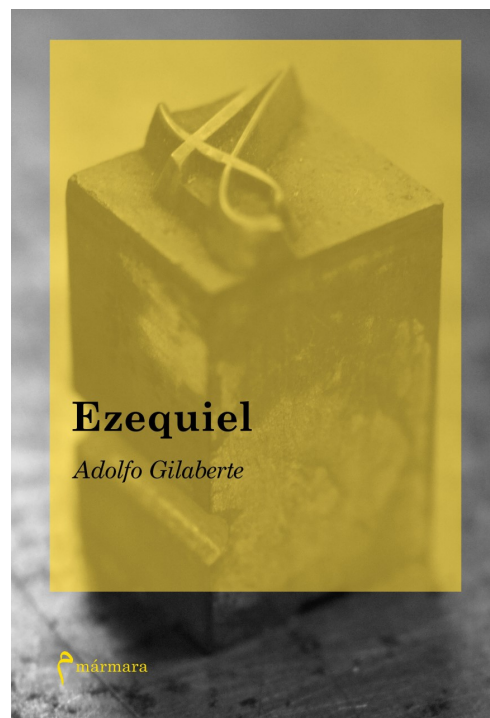
## Adolfo Gilaberte

Mármara Ediciones, 2017

mármara

escuela de  
escritores

Ezequiel es un hombre sin palabras, porque ninguna palabra dispone del impulso y la fuerza suficientes para atravesar ese mundo de silencio donde la vida le ha situado. Su lugar está en una ciudad sin presente y en el bando de los excluidos; los que miran; aquellos que transitan por túneles y pasadizos de la periferia: para los que la lluvia es la única certeza. A Ezequiel, igual que al protagonista de *Un hombre que duerme* de Georges Perec, «le queda todo por aprender, todo lo que no se aprende: la soledad, la indiferencia, la paciencia, el silencio».



### El autor: Adolfo Gilaberte



Ha sido alumno del Máster de Narrativa de Escuela de Escritores en su III Promoción. Nació en Madrid en 1971. En 2010 fundó la Asociación Literaria “Sol de Invierno”, donde coordinó el proyecto *Cuentos para hambrientos*. Durante los años 2007 al 2010 ha sido coordinador y profesor del taller de Iniciación al Relato de la Biblioteca Ricardo de la Vega. En el 2008 ganó el primer premio del Concurso de Relatos Ciudad de Getafe con *Enero tras otro*.

Me quemé de niño.

Sucedió la misma semana que el accidente del perro. Candelaria tenía cinco años, yo siete. Era verano. Acabábamos de ver *La guerra de las galaxias*, y salíamos del cine con las palmas doloridas de tanto aplaudir. Ya en la calle, mi padre se encendió un cigarro. Mi madre se quedó frente a la cartelera del cine para ver los estrenos de la semana. Un perro negro no muy grande, con el pelo sucio, se acercó a oler a Candelaria; mi hermana lo acarició entre las orejas y él le paseó la lengua por el brazo. Mi padre, cuando vio lo que sucedía, se acercó y le dio un puntapié al perro.

—Fuera de aquí, chucho asqueroso.

Sacó el pañuelo, lo mojó con saliva, y se puso a limpiar el brazo de mi hermana. El perro gimió, reculó unos pasos, y salió a la carretera. Un coche se lo llevó por delante. Fue un sonido compacto, breve. El perro aulló, sacudió las patas delanteras y, tras soltar un último ladrido, murió reventado; fue un ladrido como sin ganas, dócil. La gente fue acercándose. Candelaria se abrazó a las piernas de nuestro padre, pálida. Lloraba entre hipos y el miedo estaba en sus ojos. Yo tenía un nudo en el estómago.

El coche había seguido su camino.

La sangre del perro fue extendiéndose sobre el asfalto.

Mi madre había contemplado todo en silencio. Miraba al perro con una expresión extraña; como si sus ojos se hubiesen hundido en él, en sus tripas, en su sistema nervioso, y pudiera ver su dolor, casi comprenderlo. Eso pienso ahora. No sé lo que pensé entonces, es posible que nada. Mi padre, una vez perdido el interés por el perro, se atusaba el bigote y ojeaba los periódicos de la repisa del quiosco. Hacía lo mismo siempre que salíamos del cine. En ese instante —la imagen aún me golpea dentro de la cabeza— mi madre dio algunos pasos, salió a la carretera, se agachó y metió la punta de su dedo índice en la sangre del perro. Luego se acercó a nosotros y trató de tocarnos la cara. Primero a mí, después a Candelaria. Los dos nos apartamos. Con asco.

—Mamá, ¿qué haces? —preguntó mi hermana.

Mi madre sacudió la cabeza; su pelo (despeinado desde hacía algunos días) se removió a ambos lados, sobre la frente. Parecía despertar de un sueño. Y se pintó una equis en la cara con la sangre. El gesto relajado. Lo recuerdo incluso apacible, como si lo que acababa de hacer fuese lo más normal del mundo.

Mi padre regresó del quiosco.

—Pero ¿qué coño haces, Sole? ¿Te has vuelto loca? ¡Soledad!

La gente aún no se había dispersado del todo, y al oír a mi padre se giraron, aproximándose de nuevo. Al principio se quedaron a nuestro alrededor, mirándonos silenciosos, pero poco a poco sus posturas y gestos comenzaron a expresar cierta confusión. Y sin retirar la vista de mi madre se fueron alejando despacio. Ya no quedaba nadie. Solo nosotros cuatro y el perro muerto sobre la carretera.

El resto de la semana mi madre estuvo como ausente. En otro lugar o en ninguno. Creo que ni siquiera podía vernos. Se encerró en su habitación, y allí escuchaba la radio de día y de noche. Mi padre se mudó al sofá. Al igual que nosotros, no parecía tener muy claro cómo dirigirse a su mujer. A veces le gritaba y otras hablaba con ella con una serenidad que tenía —o eso creo hoy— un poso de crispación; como si se esforzase en buscar un acercamiento, entender su lejanía, asirse a una luz minúscula que le guiara, ser de alguna ayuda, dejar de fumarse dos paquetes de tabaco diarios, recuperar a la que había sido su mujer hasta hacía poco. Aun así, a menudo la mirada de mi padre era de desconfianza. A mí mi madre no me daba miedo. Creo que más bien era curiosidad lo que sentía, cierta nostalgia también. La echaba de menos. Al principio, claro. Luego ya no.

La abuela Mauri, a quien el día del atropello mi padre le contó lo ocurrido nada más llegar a casa (aún no sé el motivo, pero en ese tiempo vivíamos todos con la abuela, en su casa enorme de la calle Paraíso número 27), preparaba tilas a diario para su hija, le refrescaba el cuello y las sienes con una toalla, no le hacía preguntas, solamente cogía sus manos entre las suyas y le hablaba de cualquier cosa con un hilo de voz que casi era un susurro. Y por las noches, junto al cabecero, apretaba un rosario entre sus manos de huesos estrechos y le rezaba oraciones que nadie más que ella parecía conocer. Mientras, mi madre, que no era más que un cuerpo extendido en la cama como un traje sin planchar, se dejaba hacer sin ofrecer resistencia. Sumisa. Lejos. Esa semana no fue al

trabajo. «Unas jaquecas horribles», dijo con una voz que no parecía suya.

Nunca soportó que corriésemos por la casa. Nos regañaba continuamente, a Candelaria y a mí. A menudo terminábamos nuestros juegos de espaldas, con la nariz metida en un rincón. «Estoy harta de vuestras carreras, ¿no podéis andar como hacen las personas civilizadas?» Pero durante esos días, tras el suceso del perro, en los que mi madre parecía haber bajado del todo la guardia, mi hermana y yo nos hicimos los cien mil metros lisos sin que ella nos llamase la atención ni una sola vez. Una tarde salió de su cuarto y me dijo que la siguiese. Candelaria y yo nos perseguíamos por la casa, descalzos, haciendo retumbar el suelo. Ella era la india salvaje. Yo, cómo no, el forajido más buscado de todo el Lejano Oeste (recuerdo que en invierno el juego era al revés, el indio salvaje era yo, y lo que hacía era atar a mi hermana Rostro Pálido a un radiador encendido, después me ponía a saltar alrededor suyo, agitaba en el aire una lanza invisible, me daba palmadas en la boca abierta como había visto hacer en las películas; esto Candelaria me lo ha recordado más de una vez, ya de adultos; y creo que no lo recuerda con la misma festiva emoción que yo). Mientras tanto, la abuela Mauri parecía dormitar en su mecedora, frente a la terraza abierta. Mi padre había salido; no recuerdo a qué.

Seguí los pasos de mi madre hasta la cocina.

—Voy a preparar la cena. ¿Te apetece pasta? —Eché agua en una cacerola. La puso al fuego. Se sentó a mi lado, sin mirarme.

Mi hermana Candelaria nos observaba desde la puerta. Al rato, aburrida, se fue.

Sentada a la mesa de la cocina, durante algunos minutos mi madre contempló el cielo a través de la ventana abierta. En la calle se oían voces de juegos. Ladridos. Risas. No recuerdo qué estuve haciendo yo entretanto. Luego se levantó. Me dijo que cerrase los ojos. Que tenía una sorpresa para mí. No sonreía, pero sus labios estaban entreabiertos. Por supuesto, hice lo que me había dicho, y esperé mi sorpresa. Mantuve los ojos cerrados. Su voz sonaba tranquila. Después sentí algo que me caía en los pies. Un líquido que me abrasó los tobillos. Grité. Abrí los ojos. O abrí los ojos y grité. Todo sucedió muy rápido. Solo podía distinguir la figura inmóvil de mi madre, frente a mí, y algunos pequeños círculos de luz suspendidos en el aire. Intenté tocarme los pies en un gesto instintivo de protección, pero me desplomé en el suelo de la cocina. Tendido en el suelo sufrí varias convulsiones. Mi madre, desde arriba, me observaba en silencio. Sus ojos eran los de otra persona, lo recuerdo tan bien. La cacerola vacía entre las manos. El agua goteando del borde inferior. Murmuró algo. Pero no lo entendí. Una capa de sudor helado me cubrió por completo. Dolía como nunca antes me había dolido nada. Cerré los ojos... El sonido de las palabras que mi madre había murmurado resonó todavía en mi cabeza durante algunos segundos. Después se fue apagando. Como la luz de un faro puede apagarse en mitad de la niebla.